

# **“LA NIÑA MADRE” ¿CÓMO PENSAR UNA HISTORIA DEL ABUSO SEXUAL A LA INFANCIA?**

<https://dx.doi.org/10.18616/cart08>

*Isabella Cosse*

“La niña madre” tituló la popular revista *Así* su nota central en el invierno de 1971. No era una metáfora. Los editores explicaban, con lujo de detalles, que Mirta, de 10 años, se había convertido en madre en el Hospital de Pilar, una localidad suburbana cerca de la cosmopolita Buenos Aires. El nacimiento se había producido cuando la dictadura militar, instaurada en el país en 1966, era desafiada por la radicalización política y apostaba al familiarismo y al moralismo sexual. De ese modo, enlazaban los temores por las confrontaciones con el orden político y las ansiedades despertadas por las transformaciones socioculturales que sacudían a la sociedad argentina.

En ese cruce, hablar de sexo había adquirido especial atractivo. En especial referido a las chicas. Ellas eran el epicentro de las transformaciones juveniles y de los temores que ellas abrían. La virginidad femenina había sido uno de los catalizadores de esas discusiones. Los medios habían fogoneado ese proceso y lo habían utilizado en su competencia por el mercado desde comienzos de los años sesenta. La estrategia no había perdido eficacia. Por entonces, estaba siendo utilizada por una prensa sensacionalista que apostaba a desafiar los límites de lo tolerable como estrategia periodística (Cosse, 2010; Manzano, 2014; Felitti, 2012).

Conocía bien este contexto – que he descripto aquí rápidamente – cuando me encontré con la historia de Mirta. El artículo me perturbó. No sólo por su actualidad (lo encontré en el pico de las denuncias por los abusos de sacerdotes a escala global), sino porque pasaba mi límite de lo tolerable. Lo guardé. Recién volví a la historia de la “niña madre”, cuando otra niña pequeña, como Mirta, estuvo en el centro de la opinión pública en Argentina, en enero de 2019. La chica estaba embarazada, luego de ser violada en Jujuy, una provincia pobre en el norte del país. Los doctores le negaron el derecho a abortar, cuando las leyes argentinas se lo permitían, y la niña y la familia lo habían requerido. Ella dio a luz una niña en el hospital. En ese contexto, me pregunté a mí misma: ¿cómo trabajamos con este tema áspero, políticamente crucial, que toca nuestras fibras sensibles?, ¿cómo hacemos una historia del abuso sexual de las niñas? No podría agotar la cuestión en estas páginas, pero quisiera compartir mis ideas, provisionales e iniciales, para hacer frente a ese desafío. Quisiera señalar diferentes enfoques que no son, por cierto, excluyentes.

## Imagen 1 - "La niña madre"



Fuente: Revista Así (1971).

El primer enfoque opera con la idea de desnaturalización. Me costó leer este artículo porque la fotografía de esta niña en primer plano, casi como si estuviera jugando a las muñecas, era intolerable para mí, para nuestra, sensibilidad. Sin embargo, los editores jugaron la carta contraria. Recubrieron el hecho de naturalidad. El artículo explicaba que "la niña madre" había llegado con sus padres y sus hermanos de Misiones, y que nadie presumía su embarazo. Solo los médicos se habrían dado cuenta del embarazo, cuando la niña llegó al hospital por una indisposición. Los periodistas rodearon de comprensión y armonía la situación de Mirta. Al hacerlo, ocultaban el abuso. El borramiento era referido de modo elíptico ("no importó en absoluto las circunstancias del nacimiento") y legitimado en la comprensión y el cuidado de la salud de la niña. Colocaron en primer plano la noción de inocencia: "La inocencia de Mirta es total" (Revista Así, 1971, p. 8-10).

Los periodistas insistieron en esa representación. En los años sesenta la inocencia estaba indisolublemente unida a la conceptualización de la niñez en Argentina. Había sido usada para legitimar políticas de variopinta intención. Los bebés – como el recién nacido – representaban la quintaesencia de la inocencia y las niñas participaban de ese sentido. Pero, además, la inocencia de las niñas solía ser usada como hipérbole de su condición virginal. De modo tal que existía una contradicción sutilmente colocada en esas referencias que estallaban con la noción "niña-madre". Esta ambivalencia es crucial en las sociedades modernas que entronizaron a la infancia, colocándola en un sitio superior, al mismo tiempo que los niños y las niñas eran objetos de nuevas formas de sometimiento – y violencias – legitimadas, paradójicamente, en su supuesto bienestar. Esa contradicción fue clave en la presentación del caso de Mirta.

El oxímoron de una niña embarazada fue explotado por la retórica sensacionalista. Podríamos pensar que el ubicar en una misma secuencia a la

violencia naturalizada con la representación de inocencia haya sido uno de los pilares de esa retórica. Ello producía cierto atractivo – hoy podríamos decir morboso, perverso – que sostenía la interpelación a los lectores. Les otorgaba un papel activo, como había sucedido con la crónica roja a comienzos del siglo XX (Caimari, 2012; Saïtta, 2018; Petrecca, 2020). En nuestro caso, los instaba a preguntarse por lo oculto (la violencia que dejaban entrever las elipsis), los punzaba a armar sospechas, a discutir hipótesis. Es decir, la veladura del vejamen era parte del propio pacto de lectura sensacionalista.

Identificar el registro sensacionalista es clave para entender la naturalización. Pero no podríamos detenernos en esa constatación. Para avanzar sobre ella es necesario considerar el carácter histórico de la violencia e incluso de su veladura. Sabemos que la violencia ejercida sobre Mirta está anclada en la larga duración. La violencia sexual – raptos, violación, sometimiento de las mujeres y de los niños y las niñas – fue una estrategia en la conquista y la colonización. Esta se basó y se nutrió en la figura del “macho” cuyo honor se incrementaba con la potencia sexual y guerrera. La conquista sexual de las mujeres demolía cultural y socialmente a los vencidos y producía una vida, un ser humano, que con su propia condición expresaba la radical (e inalterable) desestructuración operada por la dominación. La violencia sexual sostuvo la doble dominación de clase y de género en las sociedades modernas. Para las chicas (muchas muy pequeñas) que trabajaban en el servicio doméstico – aquellas que ocuparon a fines del siglo XIX y comienzos del XX los juicios por infanticidio –, manejar los avances de los varones – del patrón y de sus hijos – era parte de las situaciones cotidianas (Di Corleto, 2018), y lo seguía siendo en los años sesenta, como atestiguan las causas judiciales de los juzgados de menores (Gentili, 2016). Esta dimensión de clase no oculta, de todos modos, que, como sabemos hoy, la violencia sexual ejercida sobre las mujeres – y las niñas – se producía – se sigue produciendo – dentro de la misma clase, de la propia familia. En ese sentido, reponer el espesor histórico de la naturalización nos abre el análisis al solapamiento de las relaciones de subordinación en las que operan sucesivas capas de sentido.

El segundo enfoque es institucional y político. Fueron el médico, las enfermeras y el policlínico quienes sostuvieron la normalización. El médico, jefe del departamento de obstetricia, doctor Roberto Pezzoni, por entonces vicepresidente del club de Leones y hoy fundador de la recientemente inaugurada Clínica de Obstetricia y Cirugía Nuestra Señora de Fátima, insistió en que la familia nada sabía del embarazo y que todo transcurría con tranquilidad en el entorno de la niña. Fue él quien hizo la cesárea, para cuidar la salud de Mirta y la vida del bebé, y se negó a trasladarla. Sostuvo que su nacimiento era un “acontecimiento sublime de la humanidad”.

El hijo de Mirta luego de nacer salió fotografiado en la prensa y rápidamente bautizado. Con ello, la Iglesia aliada con el hospital, bendijo su vida. No hizo ninguna declaración. La *nurse* fue la madrina del bebé y el padrino fue el médico. El personal del hospital promovió y sostuvo el ritual. A pesar de que el sacerdote evitó que la prensa ingresara a la iglesia, el ritual fue parte del espectáculo pueblerino y mediático. En sí mismo el bautismo movía el interés y rodeaba de normalidad al nacimiento. La intervención del poder político operó en igual

sentido. El general Alejandro Lanusse, en ejercicio de la presidencia, y el ministro de Bienestar Social, Francisco Manrique, se interesaron por la niña. Enviaron a una asistente social que se fotografió con ella. La madrina incluso hizo un pequeño brindis, una reunión íntima, explicó, en su casa para los abuelos y los padrinos. El bebé dormía y la abuela “mostraba con elocuencia toda su felicidad” (Revista Así, 1971, p. 16-17).

**Imagen 2 - “El bautismo del bebé de la niña madre”**



**Fuente:** Revista Así (1971).

Los entretelones de la historia de Mirta ponen de relieve la importancia de las construcciones que entrelazan la religión, el Estado y los saberes expertos. Permiten observar el carácter instituyente de las acciones concretas de sus agentes y pensar su relación con los marcos jurídicos, morales y sociales que están configurados en la larga duración. También, como vimos, permite darle entidad al entrelazamiento singular que asumen esas intervenciones en cada contexto. Notemos que el Estado autoritario en Argentina estaba sostenido en una fluida relación entre los agentes estatales, las jerarquías eclesiásticas y una pléyade de organizaciones religiosas y sociales, con fuerte raigambre local, e instituciones médicas y educativas (Osuna, 2016). De modo tal que el bautismo del niño – Ramón Marcelo – asumió un carácter político en un doble sentido: como expresión de una dominación sobre las chicas (en términos de género y generacionales) y como catalizador de las estrategias políticas y las tramas de legitimidad utilizadas por el régimen autoritario.

Es importante considerar la legitimidad de cada uno de los agentes (el médico, el sacerdote) con categorías y sistemas de ideas propios. Notar, también, que dichas categorías están a veces en tensión y a veces se retroalimentan. El sacerdote se negó a intervenir en la prensa expresando la entidad del secreto en la Iglesia sobre la violencia perpetrada sobre Mirta. En cambio, el médico, aprovechó el espacio mediático. Parecía disfrutar de la notoriedad efímera que lo sacaban de su ignoto universo barrial. Hizo propia, incluso, la retórica modernizadora que tanto colaboró para *aggiornar* al conservadurismo. Sostuvo que el carácter singular del nacimiento se debía a los tabúes de los “matrimonios” que eludían la educación sexual. De este modo, la violencia perpetrada quedaba nuevamente borrada y el Estado era relegado de un área que la Iglesia concebía de su incumbencia.

Imagen 3 - “La muñeca madre”



Fuente: Revista Así (1971).

Sabemos que las categorías científicas y jurídicas permiten entender las configuraciones históricas. Según Julieta Grinberg (2015), en la Argentina, el abuso sexual fue registrado en la literatura médica y psicológica recién en los ochenta. Previamente, predominaba la idea del secreto médico que daba paso a la judicialización, cuando la violencia sexual derivaba en la muerte. Sin embargo, es sintomático que el registro naturalizado de esta revista haya sido quebrado con un recuadro pequeño con información denominada “estadística”, aunque lo que se presentase fuese una compilación de casos. Era, entonces, en esas situaciones anónimas mediadas por la información médica, policial, judicial, en las que el lector, la lectora, podía reconocer la violencia. Se explicaba, por ejemplo, que

en Perú, un médico y senador reconocía que atendía semanalmente a una o dos niñas de seis y siete años violadas por sus propios hermanos o padres. Sostenía, sintomáticamente, que por eso se oponía a que la prostitución fuese abolida. En la última línea del recuadro, el editor colocó la palabra “escalofriante”. Pero esta noción operaba sobre el supuesto – también naturalizado – del desenfreno de los varones cuyo instinto sexual debía ser canalizado mediante las prostitutas (Revista Así, 1971).

El tercer enfoque ancla en lo sociocultural. Sabemos que la violencia sexual afecta a niños y niñas de diferentes clases sociales, pero que son las clases populares, como la familia de Mirta, quienes están más expuestos al escrutinio de las instituciones y a la mirada sin pudor de los medios de comunicación. Los editores nos permitieron saber que Mirta y su familia provenían de Misiones (una de las zonas más pobres del país). Era humilde y trabajadora. La niña ayudaba a su mamá, y parecía no ir a la escuela, aunque había aprendido a leer y escribir. No podríamos encontrar una historia semejante en los medios de comunicación protagonizada por una familia de las clases medias acomodadas.

La constatación de este carácter de clase de las denuncias y su uso sensacionalista resulta relevante. Pero esto no nos libera de considerar que la violencia – con su carácter cultural e institucional – se configura sobre bases socioculturales y políticas en las propias tramas de los vínculos familiares y de la cotidianeidad. No es posible saber si eso le había sucedido a Mirta. Solo tenemos algunos indicios. Podemos valorizar la mirada desencajada de la madre – resaltada por el contraste con los gestos de las enfermeras que la acompañan –, notar la prácticamente ausente presencia del padre y marido; leer a contrapelo las hipérboles sobre la “felicidad” de los padres, notar las contradicciones en el relato. En especial, contrastar la supuesta sorpresa ante el embarazo de Mirta con la coincidencia de la partida del pueblo de origen. Estos indicios sólo nos permiten pensar que el nacimiento del bebé produjo dislocamientos profundos en la familia que la prensa ocultaba.

**Imagen 4 - “La muñeca madre”**



Sábado 14 de agosto, 11 de la mañana en el Hospital comunal de Pilar. Roberto Marcelo es el benjamín y todos los mimos son para él.

**Fuente:** Revista Así (1971).





madre" seguía siendo connotada por su inocencia. Seguía viendo sonriente a la cámara. Según el periodista, le daba vergüenza darle un beso a su marido, aunque no sabemos si eso sucedía sólo frente a su presencia. Su figura había sido performateada. Lucía un saco y una pollera a la rodilla. Su voz seguía ausente. Eran su madre y su novio quienes hablaban por ella. Su novio explicaba que se había enamorado al verla. Lo había hecho así porque ella era "chica", ese término que en español denota una edad lábil que puede remitir a la niñez, pero también a aquellas adolescentes y jóvenes que todavía no habían ganado su autonomía (Revista Así, 1971, p. 15-16). Sin embargo, la madre explicaba que estaba preparada para el matrimonio. Le había enseñado los menesteres de la casa con esa idea. Creía que el casamiento pondría fin a los "chismes" del barrio – ese mecanismo social que sanciona y configura el orden moral. No es posible saber si los "comentarios" recaían sobre Mirta – como sugiere la madre – o expresaban la intolerancia hacia una violencia silenciada. No sabemos si esa niña/madre estuvo conminada, convencida o decidida a casarse. No sería difícil que fuesen las tres situaciones al mismo tiempo. Pero no es impensable suponer que sufrió no sólo la violencia sexual sino la ejercida socialmente sobre ella. La figura de su madre desencajada parece encarnar la precariedad social de la vida revertida en violencia.

El caso de Mirta no fue algo aislado en la prensa argentina de los setenta. Pero su historia – la sonrisa, el bautismo, el matrimonio – permitía articular las diferentes dimensiones en juego. Pensarlas como parte de un enfoque histórico capaz de desnaturalizar la violencia en un doble cruce político-institucional y sociocultural. Pero, también, permite reclamar una historia que logre trascender la mera denuncia de esas violencias, que pueda iluminar las experiencias de esa chica cuya voz sigue ausente.



## REFERENCIAS

- CAIMARI, L. **Mientras la ciudad duerme**. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945. Buenos Aires: Siglo XXI, 2012.
- COSSE, I. **Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta**. Buenos Aires: Siglo XXI, 2010.
- DI CORLETO, J. **Malas madres**. Aborto e infanticidio en perspectiva histórica. Buenos Aires: Didot, 2018.
- FELITTI, K. **La revolución de la píldora**. Sexualidad y política en los sesenta. Buenos Aires: Edhasa, 2012.
- GENTILI, A. Relatos judiciales, Estado y sociedad: orígenes familiares de niños adoptados en Córdoba en los sesenta. **Población y Sociedad. Revista de Estudios Sociales**, La Pampa, v. 24, n. 2, p. 95-127, 2017.
- GRINBERG, J. Entre la pediatría, el psicoanálisis y el derecho: apuntes sobre la recepción, reelaboración y difusión del “maltrato infantil” en Argentina. **Revista de Estudios Sociales**, Bogotá, n. 53, p. 77-89, 2015.
- MANZANO, V. **The Age of Youth in Argentina**. Culture, Politics, and Sexuality from Perón to Videla. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2014.
- OSUNA, M. F. **La intervención social del Estado**. El Ministerio de Bienestar Social entre dos dictaduras (Argentina, 1966-1983). Rosario: Prohistoria, 2016.
- PETRECCA, M. **Sucesos entre la caída y la vuelta**: sensacionalismo, política y peronismo en la revista *Así el mundo en sus manos* (1955-1972). Tesis (Maestría en Historia) - Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 2020.
- REVISTA ASÍ. Editorial Sarmiento, Argentina, n. 793, 1971.
- REVISTA ASÍ. Editorial Sarmiento, Argentina, n. 899, 1973.
- SAÍTTA, S. **Regueros de tinta**. El diario Crítica en la década de 1920. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.